

Borja Rodríguez Gutiérrez
Reseña:
Concha Lagos
Atados a la tierra y otros relatos
Edición de Sandra G. Rodríguez
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCIX-3, 2023, 241-245
<https://doi.org/10.55422/bbmp.962>

Concha Lagos. *Atados a la tierra y otros relatos*. Edición de Sandra G. Rodríguez. Madrid. Dykinson. 2023.

Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
Sociedad Menéndez Pelayo
ORCID: 0000-0001-7447-8566

La presencia de la fotografía en los muchos reportajes, noticias, análisis y comentarios que se han hecho en la prensa de la literatura española en el siglo XX ha generado algunas consecuencias que quizá no hayan sido suficientemente resaltadas todavía, pero que nos pueden ofrecer algunas consecuencias significativas.

Lo usual en la mayoría de estos casos es la presentación de retratos de los escritores o de grupos en los que los escritores famosos aparecen junto con otros personajes. Hay un general interés por las fotos que podríamos llamar generacionales o de grupo, en los que varios escritores de renombre aparecen hablando, conversando en bares, en cafeterías, en actos culturales, etc. En estos casos el autor del reportaje o la persona que ha puesto el pie de foto se esfuerza en identificar aquellos personajes que aparecen en la imagen, a veces con más o menos interés, a veces con ninguno, limitándose a señalar aquella personalidad que a su juicio es la que merece la pena. Los rostros de los presentes que no están identificados, que fueron reales y ahora son ausentes, pierden importancia, pierden significación y quedan anuladas por la presencia del personaje de relumbrón. A veces esta diferencia es social y puede verse, por ejemplo, en las fotos que aparecen de Federico García Lorca en el grupo de La barraca, en las que con mucha frecuencia el poeta aparece junto a las personas cuyos trajes

y atavíos indican una clase social baja y que directamente el autor del reportaje no se molesta en intentar identificar, asumiendo que no son personas de interés de interés literario y que no pueden aportar nada al periódico o revista en la que se publica el artículo. Esta diferencia social tan perceptible en la fotografía de antes de la guerra civil se va a convertir en diferencia de género cuando contemplamos las fotografías de los intelectuales y grupos de escritores y artistas que viven en la España en la posguerra. En la inmensa mayoría de los casos, en esos grupos aparecen identificados los varones. Si hay mujeres en muchas ocasiones no son mencionadas y en otras aparecen simplemente definidas como «una joven sin identificar» o «una mujer desconocida». Esta actitud obedece a una clara concepción previa a la hora de escribir la noticia, el artículo, el reportaje, la información: las mujeres que ahí aparecen son meros adornos, comparsas, jarrones chinos; no hay en ellas ningún rasgo intelectual que convenga destacar, no se puede establecer su identidad porque esa identidad no es reveladora, no es significativa, carece de componente intelectual. En cambio, los varones deben ser identificados porque en ellos sí que hay una intelectualidad que tiene que quedar reflejada. Sería interesante volver a analizar todas esas fotos y ver cuántas de esas jóvenes sin identificar, cuántas de esas mujeres desconocidas, cuántas de esas personas que aparecen en las imágenes y sobre las cuales el articulista o el autor del pie de foto nada dice, tienen una identidad propia: nombres, vidas de escritoras, fotógrafas, profesoras, poetas, o pintoras; una identidad intelectual como la de los varones que aparecen junto a ellas. Sería necesario recordar al anciano padre de *El tragaluz*, asir esas imágenes y preguntar «¿Quién es esa?».

Esta reflexión sobre estas mujeres desconocidas que aparecen en las fotografías entre los grupos de intelectuales de posguerra y que nadie se ha molestado en identificar tiene algo que ver con la figura de Concha Lagos, fotógrafa y escritora. Una figura presente en la vida cultural española durante muchos años y que, sin duda, en más de una ocasión ha sido una de esas imágenes, uno de esos rostros que el autor o autora del reportaje ha eliminado de esos momentos históricos simplemente por su condición de género.

El volumen *Atados a la tierra y otros relatos* que ha editado Sandra Rodríguez es una manera de dar visibilidad, de poner

nombre a esas caras que nos miran a través de los años y que siguen resistiéndose a no ser identificadas a no tener una vida propia y una identidad intelectual, a no ser persona.

Hoy hay que aclarar que *Atados a la tierra* fue publicado en 1997 por la Diputación provincial de Córdoba. Pero este volumen del que nos ocupamos ofrece además otros relatos (cuatro) que ha descubierto la editora, Sandra G. Rodríguez, consultando diferentes instituciones y universidades (Universidad de Sevilla, Universidad de Salamanca, Biblioteca Nacional de España). Relatos que aparecen habían aparecido en periódicos y revistas y que nunca habían sido publicados en libro y que por lo tanto eran la parte aún más olvidada de una escritora ya suficientemente olvidada.

Si tenemos en cuenta la escasa atención que se ha presentado hasta el momento a Concha Lagos, que la que ha habido es de su labor como poeta, que su obra en prosa había despertado escasísimo interés. es claro que la investigación sobre su producción cuantitativa dispersa en prensa no había sido realizada, y que era empresa compleja y difícil por falta de indicaciones sobre el tema.

El volumen aparece precedido de una introducción de la editora en la que se habla en primer lugar de la biografía de Concha Lagos, en el segundo lugar de su ubicación generacional, problemática y poco clara, y en tercer lugar de los cuentos presentes en la antología, de los que ofrece un completo e interesante estudio.

El resumen biográfico que nos ofrece Sandra G. Rodríguez es útil y nos ayuda a comprender y ubicar mejor a esta figura cuya larga vida le permite estar presente en muchos años, muchos momentos y muchos acontecimientos de la historia literaria reciente, pero siempre sin duda como esa cara anónima que los estudiosos de la literatura de posguerra no se molestaban en identificar. Aunque su presencia en la vida cultural española, como recalca la editora Sandra G. Rodríguez, fue muy persistente y su círculo de relaciones muy amplio. Aunque a través de *Ágora* y de *Cuadernos de Ágora* su nombre habría tenido, sin duda, que ser conocido en los estudios sobre poesía española de postguerra. Aunque su relación la mayor parte con las figuras literarias del momento fue frecuente e intensamente dialógica. Aunque todo eso haya sido así, así su nombre no ha conseguido superar esa barrera del olvido que ha dejado en la sombra tantas vidas. Por eso, la narración vital de las

andanzas de Concha Lagos que nos hace la editora -clara, sucinta, significativa- deja claro que esa ignorancia, esa falta de interés que ha sufrido la escritora proviene de un descarte inicial acrítico.

En la segunda parte del prólogo Sandra G. Rodríguez analiza la figura de Concha Lagos en la historia literaria y su ubicación generacional y reflexiona acerca de la razón por la que no ha sido incluida nunca en ninguna de los estudios que han buscado la recuperación literaria y crítica de una serie de figuras de mujeres escritoras que se viene produciendo desde los últimos años del siglo XX. El estudio de Rodríguez deja claro que Concha Lagos es una de esas escritoras incómodas porque no se sujetan a los estudios generacionales habituales. No empieza a escribir, según nos dice Rodríguez, al tiempo que sus coetáneos y sus inicios literarios los hace con una edad relativamente avanzada para lo que se considera una joven escritora y por lo tanto cuando ya una segunda generación, a la que ya no pertenece, ha tomado las armas. De manera que ni la podemos encajar en la generación de nacimiento por la fecha de su producción literaria ni la podemos encajar en esa generación que empieza a escribir al tiempo que ella, porque su fecha de nacimiento es otra. Difícil encaje por el que muchas otras figuras literarias (León Felipe, por ejemplo) han pagado el precio de quedarse fuera de una gran cantidad de estudios que parten, lo expresen o no, de una clasificación generacional. Eso, quizás, sea la explicación, o una parte de la explicación, de por qué Concha Lagos no haya recibido hasta el momento el interés que merece una figura tan presente en la vida cultural y literaria de más de 50 años de historia de la literatura española

La tercera parte de la introducción se centra en el análisis de los cuentos de Lagos que la editora recorre con interés y con penetración, deteniéndose sobre todo en unas características muy específicas de la narrativa de Concha Lagos como son la presencia de figuras femeninas y el análisis de la de la situación de la mujer en la España de su época. Mujeres que la editora caracteriza como mujeres desvalidas, definidas por su cotidianidad, sin ningún acontecer extraordinario, que representan una verdad que empieza a denunciarse a partir de los años 60: la discriminación de lo femenino y la condena que suponía para las mujeres el modelo de comportamiento determinado por el régimen y por la Iglesia; una

violencia hacia sus cuerpos por el interés de dominación. Rodríguez analiza con detenimiento la función de los espacios en la cuentística de Lagos: el espacio masculino, el espacio femenino y lo que resulta de la situación de los personajes en su espacio y fuera de su espacio. Como lo prueba en los relatos el símbolo frecuente de la ventana, que nos hace pensar en el relevante ensayo de Carmen Martín Gaité. Una característica personal y diferenciadora de los relatos de Concha Lagos, según Rodríguez, es la presencia de mujeres mayores, que representan, en muchos casos, la sabiduría propia de la ancianidad vinculada con la experiencia de vida. Los consejos de estas ancianas se dan desde situaciones de hastío que han generado estas experiencias. En muchas ocasiones estos personajes tienen una ubicación complicada en el eje familiar; se presentan como tías, como parientes solteras, como personas que viven en el núcleo familiar, pero en el margen del mismo, lo cual genera un ambiente de relaciones frías y poco afectuosas.

Edición por lo tanto necesaria. Nos ofrece una visión amplia, detenida, absorbente de una voz absolutamente desconocida. La voz de una escritora que vivió los años previos a la guerra, la guerra y toda la postguerra, que fue protagonista de la vida cultural de España a lo largo de más de cincuenta años y que realizó su obra literaria en situaciones de dificultad pero sin desmayar nunca y dando presencia y dando testimonio de una forma de ver el mundo. Una voz que debe ser oída, que debe ser escuchada, que debe ser leída en el recuento de los testimonios literarios e históricos de los años del siglo 20 y una imagen que desde alguna fotografía - ella, que tantas fotografías hizo- está reclamando que se la identifique y que se le dé un nombre para que se escuche su voz.